

"El Tony Chico"

por SONIA BULJAN

El Teatro de la Universidad del Norte ha elegido "El Tony Chico", poética obra de Luis Alberto Heiremans, como último estreno del presente año. Elección acertada, puesto que ha permitido hacer llegar al público de Antofagasta una de las mejores obras del desaparecido autor chileno.

En una carpa de circo pobre, "re-dondo como el mundo", unos cuantos artistas se debaten en problemas superfluos. Y en medio de esos seres "atrapados como moscas en el engrudo", inesperadamente, aparece Landa en escena. Bufón trágico, a la manera de Vladimir y Estragón de "Esperando a Godot" de Beckett, con mirada "de esperanza y de nostalgia", en quien todos reconocen un ser diferente a ellos mismos. Landa vive desilusionado y atormentado por el recuerdo de sus ángeles; "Y me llaman, me tienden sus manos, me ofrecen algo y sé que si voy hacia ellos, si los encuentro, este dolor sordo que tengo por ser quien soy y por estar donde estoy, se disipará de golpe". Por un absurdo accidente es herido y muere angustiado, creyendo que no ha dejado nada, que su mensaje de esperanza desaparecerá con él. Sin embargo, Juanucho, el niño de los mandados, en quien Landa descubrió vetas desconocidas, entrevé el sueño de su maestro.

La pieza nos entrega un mensaje de profundo optimismo. El autor quiere hacernos comprender que, a pesar de la maldad y de la mediocridad que existe entre los hombres, siempre habrá alguien que perciba un destino mejor y que luchará para que los demás también lo alcancen.

Acertada la dirección de Luis Guardía, sobre todo por el ritmo ágil que le imprimió a la obra, manteniendo vivo el interés del público y por el equilibrio conseguido entre lo patético y lo risueño, sin

caer en ningún momento en exageraciones. Los movimientos escénicos, adecuados.

Entre los actores, cabe destacar la actuación de Marina Teresa Castro —actriz invitada— quien logró una excelente caracterización de Emperatriz, humana y sensible a la vez. Sus monólogos alcanzaron en ciertos momentos un patetismo conmovedor. Marco Antonio Pinto, como Landa, el atormentado y bufonesco vagabundo, mostró una variada gama de matices que pusieron en evidencia sus innegables dotes de actor. Ruth Mundaca animó con soltura una Sonia compleja: egoísta para algunos, bondadosa para otros. El Capitán de Humberto Vásquez nos pareció un rol menos logrado por algunas exageraciones imprimidas a su personaje que resultó algo forzado. María Moll, como Rucia, tendió a la sobre actuación en algunos momentos; en cambio su Madame Cleopatra resultó una magnífica tipificación. Juanucho, de Lionel Godoy, nos reveló a un promisorio actor; especialmente en su caracterización de Tony. Alberto Luksis, Nabor Robledo, Sonia León y Susana González sostuvieron con honradez sus personajes.

Muy buena la idea de no presentar esta obra en una sala de teatro tradicional, pues no se hubiera conseguido la ambientación, que, sin duda alguna, es uno de los elementos que contribuyen a despertar la curiosidad del público desde el momento de ingresar a la sala. Excelentes los juegos de iluminación.

La entusiasta acogida que esta obra ha tenido entre el público antofagastino revela, a mi juicio, el acierto en la elección de un autor como Heiremans, que en estos momentos —caracterizados por la abundancia de obras de protesta y de crítica— viene a ser como un descanso para el espíritu y un llamado a valorar al hombre en su dimensión como individuo.

EL MERCURIO. CALAMA.
P.3.
7.XII.1971
683680.